

# Testamento de un Matemático Excepcional

## por Álvaro Lozano Robledo

Estimados miembros de la comunidad matemática:

En este último mes se han extendido como la pólvora rumores que han provocado una gran estupefacción y conmoción en la comunidad matemática española. Aunque algunas afirmaciones puede que sean ciertas, otras muchas han sido exageradas fuera de lugar. Creemos que es nuestro deber el informar a todos los matemáticos del contenido íntegro del documento que hemos recibido recientemente. Dicho escrito ha sido el generador de los rumores, tras haberse filtrado partes del texto sin la debida autorización. Esperamos que al hacerlo público en su totalidad, cada uno pueda sopesar su contenido y sacar las conclusiones que crea conveniente.

Como todos ustedes saben, hace dos meses falleció el ilustre Don Emiliano Blasco de la Pena, sin duda el matemático español más reconocido a nivel nacional e internacional de la historia de nuestra ciencia. Blasco de la Pena fue otorgado numerosos galardones en vida - el premio Príncipe de Asturias, la medalla Fields y el premio Abel entre otros - y ha recibido recientemente otras tantas menciones de honor de carácter póstumo. El documento que presentamos a continuación es el testamento de Blasco de la Pena. El notario de su viuda - Doña Esperanza Crespo - nos lo ha hecho llegar, haciéndonos saber que, en efecto, la última voluntad de Don Emiliano fue que este documento se publicara en la Gaceta de la RSME, tras su muerte. Por tanto, en cumplimiento de la voluntad de Blasco de la Pena y con la intención de facilitar todos los datos de los que disponemos, he aquí su testamento:

### Testamento de Don Emiliano Blasco de la Pena

12 de Septiembre de 2007

Mi querida Esperanza,  
Y queridos amigos, enemigos, familiares y desconocidos,

Sólo ahora, tras mi muerte, cometo el atrevimiento de romper la promesa que le hice a la persona más influyente de mi vida: Don Adrián Pelayo. No podría perdonarme, ni incluso más allá de la muerte, que su nombre y su legado mueran conmigo, pues no sólo yo, sino también muchos otros matemáticos, le debemos a Adrián los honores y el reconocimiento por su trabajo que nunca recibió... ni nunca quiso recibir, por otra parte. Aunque lo que aquí está escrito atenta directamente contra la última voluntad de mi buen Pelayo, es mi última voluntad que la verdad sobre su vida y su obra sea conocida. Que la Historia juzgue sus contribuciones a la Matemática, aunque mi propia reputación se vea enturbiada en gran manera con esta declaración... *Al César lo que es del César*, como hubiera dicho Pelayo.

Sin mas dilación, paso a relatar todo lo que sé acerca de la vida de Pelayo, que no es mucho. Yo le conocí en 1956, cuando Pelayo ya rozaba los 40 años, y estuvimos en contacto hasta el mismo día de su muerte, en 1985. Como verán, Don Adrián no era un hombre de muchas palabras y era particularmente escueto en cualquier tema relacionado con su vida. Los datos que pude recabar

proviene por una parte de su propio testamento, de sus diarios y notas, de nuestra correspondencia y de lo que pude deducir de alguna conversación fortuita con su madre - Doña Juana de Pelayo. Desafortunadamente, Pelayo encomendó a su madre en su testamento a quemar todas sus pertenencias tras su muerte. La señora Juana hizo una labor impecable cumpliendo la voluntad de su hijo allá en el año 1985. No dejó ni un solo trozo de papel sin incinerar en su chimenea. Por tanto, los únicos "datos" que quedan vivos son los recuerdos que residen en mi endeble memoria, y son estos recuerdos que deseo plasmar en este testamento mío, pues es todo lo que nos queda de Don Adrián Pelayo.

Mi primer encuentro con Pelayo ocurrió en el otoño de 1956, escasos meses después de haber yo regresado de América, recién terminados mis estudios de postgrado en la universidad de Harvard. Como muchos de ustedes saben, el régimen de Franco me permitió viajar a EEUU para cursar un doctorado, con la única condición de que volviera a España inmediatamente después de mi graduación, para dar clases en nuestro sistema universitario (si no hubiera vuelto, por cierto, me convencieron de que me hubieran nombrado traidor y desertor, y amenazaron con acusar a mi familia de complicidad en dicha traición - delito penado con prisión, como mínimo). A mi vuelta, con mi salvoconducto en mano firmado por el mismísimo Caudillo, y nada más salir del avión, me esperaba una comitiva de las de aquellos tiempos: una banda tocando un pasodoble, funcionarios cantamañanas, milicianos condecorados hasta la saciedad, y un cura que me echó una sarta de bendiciones encima tan pronto como pisé la Patria. La noticia de mi llegada se divulgó a bombo y platillo como un gran triunfo científico e intelectual de la España del Generalísimo. Allí mismo, en la pista de aterrizaje, me coronaron profesor titular de toda la Matemática y parte de la Física, y con plaza fija en la Universidad Central (la que ahora se llama Complutense de Madrid).

En la Central estaba todo preparado para mi llegada, incluido un despacho con vistas y una secretaria muy resultona a mi cargo. Así pues, aquel día de otoño, antes de entrar a mi despacho de la Central, Conchita, mi secretaria, me avisó de que había venido un caballero a verme y me esperaba en mi oficina. Cuando entré por la puerta, Pelayo se apresuró a levantarse, a quitarse el sombrero, y a saludarme con una leve reverencia y un «buenas tardes», con voz entrecortada por los nervios. Mucho más tarde, cuando tuve oportunidad de leer sus notas sobre nuestro primer encuentro, sus palabras confirmaron lo que en verdad era obvio desde un principio. Pelayo era un hombre sencillo, había vivido toda la vida en un pueblo pequeño perdido de la mano de Dios. Se sentía completamente fuera de lugar en una ciudad como Madrid, y mucho más en una universidad como la Central. Entablar una conversación con un Profesor, se le antojaba tan atrevido como charlar con el mismísimo Ministro de Educación. Además, he de reconocer que yo no se lo puse nada fácil... a decir verdad, yo era un joven arrogante y altivo. Muy a mi pesar, el trato recibido a mi llegada, tan ridículo y desmesurado como fue, se me subió pronto a la cabeza y me creía el matemático más prometedor de toda España y parte del extranjero.

«Cómo se llama usted y qué desea, caballero», le dije sin mirarle apenas mientras me quitaba la chaqueta y dejaba mis bártulos encima de mi mesa.

«Mi nombre es Adrián Pelayo, para servirle, señor Blasco...»

«Y en qué puedo ayudarle señor Pelayo», me senté en mi silla, pero Pelayo seguía en pie, dándole vueltas a su sombrero. Le indiqué con la mano que se sentara, pero Pelayo siguió hablando de pie pues no le parecía cortés sentarse sin explicar primero el motivo de su visita.

«Pues verá usted, el otro día, en la función de cine de mi pueblo... era "La reina de África", sabe usted, la última de Bogar y la Rita Jeburn...»

«Querrá decir *Katharine Hepburn*... no importa, vaya al grano señor Pelayo, que no tengo todo el día». Pelayo se puso serio y tieso.

«No quisiera yo ni aburrirle ni molestarle, señor Emiliano...»

«No se preocupe, no se preocupe, pero vaya al grano», le dije indicándole de nuevo que se

sentara, pero Pelayo permaneció de pie, pálido y muy serio.

«Bueno... pos eso... que le vi a usted en el NO-DO antes de la función y hablaban de su maestría en la Matemática, y pensé que quizá usted me podría ayudar, así que me he permitido la licencia de venir a verle...». En efecto, habían grabado mi triunfal llegada a Barajas y la mostraban en todos los cines, mientras el locutor exageraba de lo lindo: "el gran maestro de la matemática, don Emiliano Blasco, vuelve a su queridísima España...".

«Sí, señor Pelayo, yo también me he visto pero no se crea usted todo lo que dice el NO-DO... ¿y en qué le puedo servir yo?»

«Pues pensaba yo que quizá usted sabría decirme de algún problema matemático en el que pensar...»

He de confesar que mi arrogancia me hizo soltar una risita con sarcasmo y poco disimulo ante tal proposición. Supongo que me pareció muy cómico que un labrador (su atuendo y sus manos ásperas y callosas le delataban) de la España profunda viniera a mi despacho buscando problemas matemáticos que resolver. Pelayo, claramente ofendido (y con razón) dijo «... pero ahora veo mi error, es una idea estúpida, perdone la molestia». Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

«Espere hombre, espere, quizá le pueda recomendar algún ejercicio o algún libro. ¿Ha estudiado usted matemáticas? ¿A qué nivel?». Pelayo retrocedió y se situó de nuevo enfrente de mi mesa, en pie.

«Estudí matemáticas en la escuela, cuando era niño. El resto lo he aprendido leyendo libros por mi cuenta».

«Ya veo, ya veo... pues mire, señor Pelayo, le recomiendo que intente demostrar que el número  $e$  es irracional... Es un ejercicio muy bonito. ¿Sabe a que número me refiero, verdad? Bien, perfecto. Pues nada, cuando lo pruebe me manda una carta con la demostración». Mientras hablaba, me levanté y acompañé a Pelayo hacia la puerta, con suaves empujones. A modo de despedida, le estreché la mano y le dije «¡qué tenga usted una buena tarde!» con una sonrisa, cerrando la puerta de mi despacho en su cara - tal era mi descaro. Pelayo se quedó en el pasillo con la boca abierta, probablemente acordándose de mi madre (y con razón). Pero Pelayo, en vez de tragarse mi osadía y marcharse de vuelta a su pueblo, decidió volver a llamar a mi puerta con un severo golpe de nudillos. Cuando volví a abrir la puerta me dijo muy educadamente conteniendo su ira:

«Perdone que le vuelva a interrumpir Don Emiliano... pero esa demostración ya la se hacer... de hecho, ¿no es ese uno de los teoremas del tercer capítulo de libro de Güalter Rudín que tiene usted encima de la mesa?»

Ahora era Pelayo el que entonaba una sonrisilla con cierta sorna, al verme enrojecer de vergüenza. En efecto, el conocido libro de Walter Rudin, "*Principles of Mathematical Analysis*", estaba sobre mi mesa, junto a mis apuntes, pues aquel semestre estaba impartiendo clases de análisis real elemental. Estaba claro que me había precipitado sacando conclusiones y este señor no era un labrador cualquiera. Lo que más me extrañaba de todo esto fue lo que le pregunte a continuación:

«¿Tiene usted una copia del libro de Rudin? ¿Cómo la ha conseguido?» La primera edición del libro de Rudin se había publicado en 1953, en América, y yo me había traído mi copia conmigo, pero desde luego no había todavía copias a la venta en España y mucho menos traducciones al castellano.

«Yo también tengo amigos en América, señor Blasco. Muchos de mi pueblo emigraron parallá tras la guerra».

Hice pasar a Pelayo de nuevo a mi oficina y esta vez se sentó sin esperar a que yo se lo ofreciera. «Señor Pelayo, creo que ha habido un malentendido», dije yo a modo de disculpa. «Dígame, ¿qué otros libros ha leído?»

Pelayo desvió la mirada pensativo y al instante comenzó a recitar la lista completa de su pequeña biblioteca, al parecer repleta de joyas de la matemática contemporánea: el "Álgebra

Moderna" de Van der Waerden, los "Fundamentos de la teoría de probabilidad" de Kolmogorov, la "Teoría de juegos" de Von Neumann y Morgenstern, los "Fundamentos de Geometría Algebraica" de André Weil, el "Algebraische Theorie der Körper" de Steinitz, la "Teoría de Conjuntos" de Hausdorff, el primer volumen del "Principia Mathematica" de Russell y Whitehead, la "Introducción a la teoría de números" de Hardy y Wright, el "Icosaedro" de Felix Klein... Cada libro en su lengua original: inglés, ruso, francés o alemán.

Al ver mi cara de incredulidad, Pelayo paró de recitar los nombres de libros y autores.

«¿Y me va a decir usted que ha leído todos estos libros?»

«Todos, excepto el Principia Matemática que me parece insufrible. Tengo demasiado tiempo libre en el campo, sabe usted».

«¿Y usted sabe leer en ruso y alemán?», le dije, todavía dudando de su palabra.

«Como le decía antes, Don Emiliano, tengo demasiado tiempo a mi disposición. No sólo de Matemáticas vive el hombre. También estoy aprendiendo idiomas. Verá Don Emiliano, lo que ocurre es que leer libros no es suficiente. Me entretengo haciendo los ejercicios propuestos, pero solo me duran un rato».

Yo no sabía que pensar. Quizá este hombre me estaba tomando el pelo, pero su semblante sobrio y sereno no dejaba dudas de que hablaba completamente en serio. Así pues, decidí explicarle un problema de investigación en el que estaba trabajando en aquella época. Me lancé a ello, usando el pizarrón de mi oficina para garabatear unos símbolos mientras explicaba la importancia de la cuestión. Era un problema de geometría y no sabía si Pelayo entendía la terminología que yo estaba utilizando. Adrián escuchó en silencio mi retaila sin hacer ningún comentario. En un momento dado, me indicó que me detuviera un segundo. Aprovechó la pausa para sacar un lápiz y un trozo de papel, en el cual escribió "Geometría Riemanniana", y me indicó que prosiguiera. Cuando terminé mi explicación, Pelayo se levantó de su silla y me dijo «muchas gracias Don Emiliano, este es el tipo de problema que andaba yo buscando», con una sonrisa triste pero sincera. Me estrechó la mano, se colocó el sombrero y se marchó de mi oficina con un «¡qué pase usted una buena tarde!».

Dos meses más tarde, recibí una carta con una nota de Pelayo que decía lo siguiente:

*Querido Emiliano,*

*Muchas gracias de nuevo por sugerir aquel problema de Geometría. Ya lo he resuelto. ¿Tiene usted algún otro problema por resolver? Se lo agradecería mucho. Haga el favor de remitírmelo a Calle de Sin Nombre, número 2, Maello, provincia de Ávila.*

*Firmado el día 3 de Noviembre del año 1956, por Don Adrián Pelayo.*

Yo también había continuado trabajando en aquel problema de Geometría pero sin ningún avance significativo. Así que lo único que me cabía pensar era que Pelayo no había entendido ni una palabra de lo que le expliqué en mi oficina. Rápidamente escribí: «Estimado Adrián, ¿sería usted tan amable de redactar y mandarme su demostración? Muchas gracias». Le entregué el texto a Conchita para que la mecanografiara y lo enviara a la dirección de Maello.

Al cabo de un mes, Pelayo me mando su respuesta. Esta vez, su carta constaba de cinco o seis folios por las dos caras, cubiertos de lemas, proposiciones y teoremas. Nunca olvidaré las sensaciones que me brotaron al leer esta carta, al leer por vez primera las matemáticas de Pelayo... Dicen que es de sabios admitir y corregir los errores, y condenar las maldades que uno comete. Espero que no sea demasiado tarde para mí y que este testamento público sirva como penitencia después de mi muerte. Lo que sentí al leer la carta de Pelayo no fue alegría, ni admiración, ni nada que se le parezca. La envidia más cancerígena nublabla mi mente. Pelayo había clavado una estaca en mi orgullo y cada lema, cada proposición, cada teorema hacía que esta afilada estaca penetrara y se retorciera sin piedad dentro de mí, dejando astillas tras de sí que tardarían mucho en desaparecer.

Su demostración era brillante, sin rodeos ni florituras, pero innovadora y provocadora. La prueba fluía con pasmosa sencillez y cada paso era tan natural como el anterior y daba pie al siguiente. Pelayo añadía al texto comentarios a tal efecto: "naturalmente", "claramente", "no podría ser de otro modo", "sólo hay una alternativa posible", etc. Y cada uno de estos comentarios, aunque Pelayo los escribió sin malicia alguna, me los tomaba como una afrenta personal, como si Pelayo me estuviera diciendo «¿cómo no se le ha ocurrido esto? ¡Es obvio!». Al acabar de leer su carta, mis sienes palpitaban de la rabia y las mejillas ardían como si me hubieran abofeteado duramente. Pelayo había incluido una posdata: "No sabe usted bien cuanto me ha ayudado proponiendo este problema. Espero con impaciencia a que me mande otros. Le estaré muy agradecido señor Blasco".

Inmediatamente, llamé a gritos a mi secretaria y le ordené que encontrara Maello en un mapa y me consiguiera transporte hasta tal localidad, cuanto antes mejor. Conchita replicó «pero Don Emiliano, ¿tiene usted que dar clases mañana, que hoy es martes!». «Invéntese cualquier excusa, no me importa cual. Estaré de vuelta el lunes y daré una doble ración de clases entonces». A las pocas horas estaba en un tren camino de Ávila y desde allí iría en una camioneta hasta Maello.

Permitan que haga una pequeña pausa pues quisiera explicar la razón por la que Pelayo hacia matemáticas. Quizá deba comenzar diciendo que Pelayo nació y murió en Maello, provincia de Ávila. Tengo constancia de que Pelayo hizo más de un viaje a Madrid y otros tantos a la capital de Ávila, pero vivió en su casa de la Calle de Sin Nombre la gran parte de su vida. Adrián luchó junto a su padre en la Guerra Civil (nunca me dijo en que bando, aunque me imagino cual). Los dos fueron encarcelados durante la guerra y su padre fue fusilado en prisión. Al finalizar el conflicto, Pelayo volvió a la casa de Maello con su madre. Fue entonces cuando conoció a Mariana, una chica del cercano pueblo de Velayos. Después de un breve cortejo, los padres de ella aceptaron el compromiso y los novios se casaron por la Iglesia. Mariana se mudó con Pelayo y su madre a la casa de la Calle de Sin Nombre.

Mariana se quedó embarazada al poco tiempo y tuvieron su primer hijo, al que llamaron Alonso. Eran tiempos muy felices para Pelayo y Mariana. Él trabajaba la tierra durante la primavera y el verano y ejercía de pastor de un rebaño mixto de ovejas y cabras en el otoño y el invierno. Ella cuidaba de Alonso y convivía en paz con Doña Juana de Pelayo, que no es poco. En 1948, Mariana volvió a quedarse en cinta pero a los siete meses de embarazo empezó a tener problemas. El parto fue prematuro y complicado. El bebe murió y a Mariana se le fue la vida. Pelayo lo perdió todo.

Muchos años más tarde le pedí a Pelayo en una de mis cartas que me explicara que es lo que le atraía de las matemáticas. Adrián me respondió en otra carta, que todavía conservo:

«Cuando se me marchó Mariana se me acabó la vida. La ilusión. No podía seguir viviendo. No había un momento en mi vida que no pensara en ella. Alonso perdió a su madre, pero también perdió a su padre aquel día. Mi madre se ocupaba de mi hijo mientras yo permanecía inerte. Pasaba los días encerrado en mi alcoba. Tumbado en la cama. Mirando al techo. Intentando recordar la voz de Mariana. Su tacto. Su forma de ser. Sus dichos. Su sonrisa.

Paso un año. Yo seguía pensando en Mariana a cada momento. Miraba a mi hijo y veía que Alonso necesitaba a un padre y no a un fantasma miserable como era yo esos días. Pues, decidí que olvidaría a Mariana por el bien de mi hijo. Volví a trabajar el campo y a pastorear, pero los recuerdos me seguían torturando. Fui a hablar con el cura del pueblo. Su consejo fue que leyera la Biblia. La leí entera dos veces pero no encontré la paz que me prometió el cura, aunque la lectura me mantenía distraído a ratos. La casa consistorial de Maello tiene una pequeña biblioteca y me empecé a leer todos los libros que allí encontré. Solo había oído hablar del Quijote y éste fue el primer libro que leí. Cuando lo acabé, volví a la biblioteca. No conocía el título de ningún otro libro así que comencé a leerme todos los libros por orden alfabético de acuerdo al apellido del autor. No me importaba el contenido o el tema, lo único que me importaba era que cada libro alejaba mi mente de Mariana, aunque sólo fuera por unas horas.

Libro tras libro, pronto terminé de leer la pequeña colección de literatura de Maello. La última estantería de la biblioteca albergaba los diccionarios y los manuales que se utilizaban en la escuela. Allí encontré el antiguo libro que se utilizaba en clase de matemáticas cuando yo era niño. "Álgebra y Geometría" se llamaba. Con curiosidad de si me acordaría de algo, abrí el libro e intenté resolver uno de los problemas al azar. Era un simple problema de trigonometría pero no pude con él. Por tanto, me llevé el libro a casa y empecé por el principio, haciendo todos los ejercicios.

Las novelas mantenían mi mente ocupada mientras leía pero, cuando me detenía, Mariana y la tristeza volvían a perseguirme. Sin embargo, los problemas matemáticos me los podía llevar conmigo al campo. Antes de salir por la mañana, memorizaba tantos enunciados como me fuera posible y pensaba en soluciones mientras araba la tierra. Cuando leía por la noche un teorema y su demostración, por la mañana trataba de reproducir en mi mente la prueba mientras vigilaba a las ovejas. Y si podía, intentaba pensar en otras posibles demostraciones.

Es curioso, las memorias pesadas y la ofuscación por resolver un problema matemático actúan en la mente de un modo muy similar. Vuelven una y otra vez a la cabeza, sin apenas dejar hueco a otros pensamientos. Sólo al encontrar una explicación coherente, la mente descansa y olvida. Nunca he podido encontrar explicación alguna a la muerte de Mariana, así que mucho me temo que su memoria me perseguirá siempre. Pero cuando encuentro un buen problema matemático, la búsqueda ofuscada de una solución mantiene la memoria de Mariana a un lado. No me agrada obsesionarme con los problemas, pero al menos no me provoca un pesar inmovilizador como los recuerdos de Mariana.

Al poco tiempo había resuelto todos los ejercicios de todos los libros de matemáticas en Maello. El primer sábado de cada mes viajaba a Ávila para comprar libros de matemáticas, o para pedirlos prestados en la biblioteca. Al cabo de un año, la biblioteca de Ávila también se quedó pequeña. Dio la casualidad que fue entonces cuando un primo del que no sabía nada desde antes de la guerra me escribió desde América para saber de la familia. En mi carta le hablé del fusilamiento de nuestros padres y de la muerte de mi mujer. También le pedí como un gran favor que me mandara libros de matemáticas si encontraba alguno. Y de paso, mandé otra versión de la carta a otro primo que vivía en París, pidiéndole el mismo favor.

Mi familia es humilde pero muy trabajadora. Mis primos hicieron fortuna en sus respectivos países a base de trabajar honradamente cada día de sus vidas. Parece ser que sus negocios prosperaban y, apiadándose de su primo pobre y malaventurado, los primos comenzaron a mandarme por correo cada libro de matemáticas que se cruzaba en su camino.

Y yo leía de mi propia colección de libros todas las noches, y por el día meditaba sobre los teoremas, las demostraciones y los problemas propuestos. Estos ejercicios mentales me salvaron la vida, me apartaron del recuerdo de Mariana, y mi hijo Alonso recuperó a su padre. Poco a poco el flujo de libros provenientes del extranjero se agotaba pero usted, Don Emiliano, se cruzó en mi vida al verle en el NO-DO. No se imagina cuanto me ayudan los problemas que usted me facilita».

Efectivamente, nuestros caminos se cruzaron y nuestras vidas cambiaron al entrelazarse. Yo le proveía con problemas para tranquilizar su mente, y las matemáticas que el producía fueron el antídoto para mi irreverente ego. Como mencionaba antes, la primera vez que leí uno de sus escritos matemáticos, la envidia quemaba mi cuerpo por dentro. No podía creerlo, no quería creerlo y de camino a Ávila pensé en mil posibilidades descabelladas. Este humilde labrador llamado Pelayo era incapaz de encontrar la solución de un problema que yo había sido incapaz de resolver. Debía haber otra explicación. Era imposible. Impensable. Inverosímil. Simplemente absurdo. ¡Qué engraido que era yo! Pido sincero perdón a todos aquellos que tuvieron que padecer mi soberbia infinita.

El tren me llevó hasta Ávila capital, donde hice noche en una pensión. Pasé la noche sin dormir, releendo los folios de Pelayo, intentando encontrar el error que me pondría de nuevo por encima de él, pero no había tal. Al contrario, cada lectura revelaba nuevos matices que sólo

recalcaban la brillantez de la demostración.

De madrugada, me monté en una camioneta cargada con el correo, periódicos y algunas frutas de temporada. Fuimos desde Ávila a Berrocalejo de Aragona y de allí a Mediana de Voltoya. De Mediana hasta Villacastín pasando por Aldeavieja. Y desde Villacastín a Maello. Cuando llegamos a Maello, el conductor me despertó de un grito, «¡Señor Ministro, que ya hemos llegao!»

La camioneta me dejó en la Calle del Chorro y un tanto desorientado. Un aldeano madrugador me indicó cómo llegar a la Calle de Sin Nombre. Al llegar a la calle, no pude encontrar el número 2 pues la Calle de Sin Nombre tampoco tiene Números en las casas. Una mujer de edad avanzada barría la calle y le pregunté por la casa de los Pelayo.

«Yo soy la viuda de Pelayo, ¿y qué quieres mozalbete?», dijo con mucha curiosidad, inspeccionando mi atuendo de arriba a abajo. Les recuerdo que yo era un veinteañero mientras que Doña Juana ya debía de rozar los mil años, por su aspecto. Aun así, vivió otros treinta años y tras enterrar a su hijo, se dejó morir alegando que ya era hora.

«Estaba buscando a Adrián Pelayo», dije yo.

«¡Lo qué!, hable más alto que no oigo bien de este oído», dijo ella, refiriéndose a su severa sordera. Daba igual a que oído hablarle, había que hacerlo a gritos. Tras repetírselo varias veces, me entendió y me dijo:

«Hombre, no dé esas voces que es muy temprano. Adrián está en el campo, no volverá hasta la tarde. Esperele tranquilo en la casa si quiere, yo le hago un café, ¿quiere un cafelito?».

«No señora, no bebo café, gracias... ¡que digo que no bebo café, gracias! Y dónde dice que está Adrián, quisiera ir a verle... ¡que quisiera ir a ver a Adrián!», le dije gritando.

«¡Anda!, pero como va a ir así al monte, vestido de Domingo», dijo señalando mis pantalones de vestir y mis zapatos. Juana se echó a reír con los brazos en jarras, mirando a los lados para ver si había alguna vecina que riera su gracia.

«Ya me las apañaré yo, ¿me dice qué monte?»

Juana sacudió la cabeza resignándose, como diciendo "allá usted". Me dijo que fuera por la Calle de los Palomarejos hasta la carretera a Velayos y siguiera todo tieso, cruzando un río seco y luego subiera un monte. Al llegar a la cima del monte, miré a mi alrededor mientras me recuperaba de la fatiga. Al otro lado de un pequeño valle había otro monte en el que pastaba un rebaño. Supuse que estas eran las ovejas de Pelayo, así que me dirigí en esa dirección. Mientras subía la siguiente colina, vi a Pelayo recostado en una encina en la cumbre del monte, embebido en la lectura de un libro. Cuando ya estaba cerca de llegar, me tropecé causando un gran estruendo en la apacible tranquilidad de la mañana. Pelayo, sobresaltado, al verme se acercó y me ayudó a levantarme. Un par de ovejas también se acercaron, y comenzaron a balar, a modo de burla.

«Pero, ¿qué hace usted aquí señor Emiliano? Por poco se escalabra».

«He venido a verle, Pelayo. Perdone que me presente así de repente pero necesitaba hablar con usted. ¿Escribió usted esto?», tenía en mis manos su última carta. Pelayo me miraba confundido. Echó un vistazo a los papeles y al reconocer su letra, asintió perplejo.

«¿Cómo ha encontrado esta demostración? ¿Se comunica con otros matemáticos?».

«No le entiendo señor Emiliano... sólo he hablado con usted de este problema».

La obcecación me cegaba. No sabía muy bien por qué había ido hasta Maello ni qué era lo que esperaba que Pelayo respondiera. Estaba agotado y las rodillas comenzaban a resentirse de la caída. Me senté en el suelo bajo la encina y Pelayo se sentó a mi lado. Las dos ovejas burlonas se recostaron a nuestro lado, mirándome curiosas por si me caía de nuevo. En el suelo yacía el libro que Pelayo estaba leyendo, abierto de par en par. Era la obra maestra "*Die Idee der Riemannschen Fläche*" (el concepto de una superficie de Riemann) de Hermann Weyl.

Estuvimos en silencio un buen rato, envueltos en la placidez de la mañana. Desde la cima de la colina la vista era espléndida. A nuestra espalda quedaba Maello, en lo más hondo del modesto valle surcado mucho tiempo atrás por un río que ahora está seco la gran parte del año. En frente de

nosotros, una llanura amarillenta se extendía hasta el horizonte. El trigo seco se ondulaba bajo las primeras bocanadas del viento frío del invierno que se avecinaba. Y las vetustas encinas, esparcidas por el sembrado al azar, permanecían impertérritas en su letargo.

Ninguno de los dos hablaba y los dos mirábamos al horizonte, absortos en nuestros pensamientos. Un perro ovejero se acercó hasta la encina y las dos ovejas burlonas se marcharon de mala gana.

«La demostración que ha escrito usted, Pelayo, es magnífica. No sé como lo ha hecho, pero es un trabajo estupendo», dije sin mirarle a los ojos, tragándome mi orgullo. Respecto a la importancia de la carta de Pelayo, basta decir que el trabajo de Pelayo inauguraba un método que podría conducir (y finalmente condujo) a la demostración de la Conjetura de Poincaré.

«Gracias señor Emiliano... es un gran halago viniendo de usted», dijo Adrián con voz humilde.

«Ha resuelto el problema que le propuse, y mucho más. ¿Me pregunto si ha pensado usted en esta otra posibilidad?», y le expliqué en pocas palabras una idea que me había venido a la cabeza al leer la carta de Pelayo.

Pelayo escuchaba atentamente mientras acariciaba a su perro. Cuando terminé de hablar, su vista se perdió en el horizonte. Una ráfaga de viento hizo crujir la encina a nuestras espaldas y un puñado de bellotas se desperdigaron por el suelo.

«Déjeme pensar en ello», dijo Pelayo pensativo. «Debe estar usted hambriento y hay que curarle esa herida». Se levantó y con un par de silbidos puso al rebaño en movimiento. Su perro salió disparado, aullando ferozmente y enseñando los dientes a las ovejas, dirigiéndolas colina abajo. Nos pusimos en marcha hacia el redil, Pelayo caminando ágil por el campo y yo siguiéndoles a duras penas con mi cojera. Cuando el rebaño estaba en su refugio, caminamos de vuelta hasta Maello.

En la casa de la Calle de Sin Nombre, Doña Juana nos esperaba con la mesa puesta y un cocido leones en el cazo que se podía oler desde las afueras de Maello. Los chorizos y morcillas de León (de donde era Juana) ya estaban en la mesa y Alonso, el hijo de Pelayo, esperaba impaciente nuestra llegada para hincarle el diente al festín que su abuela había preparado en mi honor.

Cuando Juana me vio llegar, soltó una carcajada y me dijo:

«¡Válgame Dios! Mire que se lo dije señorito, se ha puesto hecho unos zorros. Quítese los pantalones y se los remiendo en un momento. Y aquí tiene el botiquín... un poco de alcohol para esa herida que tiene un aspecto muy feo».

«No se preocupe señora, es sólo un raspón», dije yo, pero Juana no me escuchó o no me quiso escuchar. Tras limpiarme la herida con alcohol, me dio prestados unos pantalones de Pelayo.

«Madre, deje al señor Emiliano en paz y vamos a comer algo, que se va a enfriar», dijo Adrián, y Alonso asintió hambriento.

Acabamos de comer y Pelayo me indicó que subiera con él al piso de arriba. «Quiero enseñarle algo en mi alcoba», me dijo. En su habitación había una cama, un armario y un gran baúl, todo de madera, hecho a mano al estilo rústico. Pelayo se inclinó y abrió el baúl, apartándose para que yo lo inspeccionara. Al ver mi cara de sorpresa, sonrió satisfecho.

El baúl estaba organizado meticulosamente. A la derecha había varios montones de cuadernillos y cartas con matasellos de América y Francia. El resto del arcón estaba repleto de libros, envueltos en una montaña de heno. «El forraje es para que no se estropeen los libros con la humedad, ¿sabe usted?». Me intenté arrodillar pero el dolor me lo impedía. Pelayo me acercó una silla y sentado empecé a hojear los volúmenes de la colección de Pelayo. Allí estaban los libros que me había dicho que tenía cuando me visitó en Madrid, pero había muchos más: el "Curso de análisis matemático" de Goursat, las "Investigaciones sobre los fundamentos de la teoría de conjuntos" de

Zermelo, la "Ciencia y el Método" de Poincaré, la "Naturaleza y significado de los números" de Dedekind...

No salía de mi asombro. Mi cara estaba iluminada, como si estuviera mirando dentro del Arca de la Alianza. De algún modo, sabía que el secreto de Pelayo se encontraba en estos libros y mi mente estaba trabajando a destajo, intentando comprender este misterio. Abría un libro al azar, sacudía las pajas, y leía los comentarios que Pelayo había escrito en los márgenes. La mayoría de estos comentarios eran simples traducciones de palabras inglesas, francesas o alemanas poco comunes. Pero también había cálculos garabateados, imposibles de descifrar. Ardía en deseos de leer sus cuadernillos pero hubiera sido descortés.

No recuerdo cuanto tiempo pasé revisando sus libros. Pelayo se había sentado en su cama y me miraba con calma. Cuando me detuve y cerré el baúl, me dijo:

«Señor Blasco, creo que sí que sé resolver el otro problema del que me habló usted allá en el monte».

Las campanas de la iglesia del pueblo repicaban a misa, mas en mi mente tocaban al funeral de mi carrera como matemático. Con mi orgullo pulverizado, y mis ojos a punto de lagrimar, me volví para mirar a Pelayo y le rogué que me explicara la solución. Mientras Adrián hablaba, yo le miraba fingiendo prestar atención, pues muy pronto me había perdido en el fino hilar de sus argumentos. Mi mente estaba en otra parte, estudiando el rostro de Pelayo, intentando comprender por qué este hombre tenía una capacidad para la matemática con la que yo sólo podía soñar. Con una mente como la suya, no había necesidad de mentes lentas e inútiles como la mía. El problema que yo intentaba resolver desde hace meses, Pelayo lo había digerido, resuelto y generalizado en una tarde.

Cuando Pelayo concluyó su explicación, le dije «Pelayo, va a tener que redactarlo todo para que yo pueda asimilarlo».

Estuve otros tres días en la casa de la Calle de Sin Nombre. Pelayo madrugaba y se marchaba con el rebaño al monte, con un cuaderno donde redactaba para mí la demostración. Yo esperaba su llegada en la casa leyendo y releendo las páginas que Pelayo había escrito el día anterior. El sábado por la noche acabé de leer y comprender sus argumentos. El sentimiento era de nuevo de dolor al confrontar la superioridad de su obra. Sin embargo, el asombro por la brillantez de la demostración solapaba la envidia.

«Pelayo, es un trabajo fantástico. Tiene que publicarlo, yo le puedo recomendar una revista de investigación y le digo como preparar el artículo». No había duda de que el artículo estaba al nivel de los "Anales de Matemáticas", una de las publicaciones americanas más prestigiosas.

«Se lo agradezco Don Emiliano, pero no tengo ningún interés en publicar nada».

«Creo que no comprende usted bien la importancia de lo que ha descubierto, es un gran avance, ¡ha de ser publicado! ¡Va a ser usted muy conocido! ... Quizá incluso le pueda conseguir una plaza en la Universidad Central».

«No gracias, quiero quedarme en mi pueblo. Tengo un hijo y una madre que cuidar. No me interesa ninguna fama, gracias. Esto es un pasatiempo para mí, me ayuda mucho, no lo sabe usted bien. Pero eso es todo».

«¡No lo entiende! ¡Esto es de la mayor importancia! ¡Hay que publicarlo para que todos los matemáticos conozcan sus resultados! ¡Hay que publicarlo!», dije a gritos, con gran excitación.

«Bueno, pues publíquelo usted señor Blasco. Pero no me líe a mí», dijo Pelayo, «que bastante tengo yo con lo mío».

«Ni hablar Pelayo, no, no, no. Usted ha descubierto estas demostraciones, a usted le corresponde el prestigio y el reconocimiento».

«No quiero prestigio, no quiero fama y no quiero que nadie me reconozca. No lo necesito. Si usted considera que esto es tan importante, publíquelo usted que ya tiene algo de fama, pero a mí ni

me nombre, se lo pido por favor», Pelayo me miraba con severidad. Yo no comprendía nada. En aquel momento yo no sabía nada sobre la muerte de Mariana y los recuerdos que torturaban a Pelayo. Y mi juventud, mi arrogancia y mi hambre por convertirme en un matemático de gran fama internacional me impedían comprender por qué Pelayo rechazaba de plano su oportunidad de lograr la inmortalidad en la historia de la ciencia. Estaba a punto de replicar una vez más cuando Adrián me interrumpió, «está decidido pues. Usted lo publicará bajo su nombre. Vamos a la cocina que la señora Juana debe tener la cena lista». Y los dos cenamos en silencio, mientras Juana y Alonso se cruzaban miradas furtivas, preguntándose qué había ocurrido.

El domingo por la mañana comencé mi viaje de vuelta. Maello, Villacastín, Mediana, Berrocalejo, Ávila y al llegar a Madrid, aunque estaba derrotado por el cansancio del viaje, fui directamente a mi oficina. Pasé la noche transcribiendo los folios de Pelayo a mi propia letra, y traduciéndolos al inglés. Al terminar la redacción, quemé los papeles de Adrián en una papelera metálica. Mientras veía como los papeles se calcinaban lentamente, tomé la decisión final de aceptar la obstinación de Pelayo. Publicaría el artículo en mi propio nombre. En su momento, encontré mil excusas para justificar mi decisión: «es por el bien de la Ciencia y la Matemática. Estos resultados son de gran importancia y han de ser publicados. La decisión ha sido tomada por Pelayo, es su voluntad. Es sólo un artículo. Y que más da que lo publique él o lo publique yo. Al fin y al cabo, yo le propuse el problema, yo le puse en el buen camino. Si Pelayo cambia de opinión, yo seré el primero en decir la verdad, por supuesto... pero, ¿y si alguien se enterara? ¿y si alguien me delata? Absurdo, nadie lo sabe, nadie lo sabrá. Es por el bien de la Matemática. Ha de ser publicado. No hay otra opción. Pelayo, no me deja usted otra opción».

Por el bien de la Matemática... ¡cuanta hipocresía! Mis ansias de grandeza nublaban mi juicio. Sabía perfectamente que este artículo catapultaría mi carrera. Con este trabajo lograría la notoriedad que tanto anhelaba. Ahora que soy viejo y a punto de morir siento tanta vergüenza de mí mismo. No espero que éste escrito redima mis pecados, pero al menos mi conciencia quedara tranquila.

Cuando Conchita llegó por la mañana, se pegó un susto de muerte al encontrarme dormido en el sofá de mi despacho. Le pedí que dejara todo lo que tuviera entre manos y mecanografiara el manuscrito lo antes posible. Al día siguiente estaba listo y mandamos una copia a los Anales de Matemáticas, para su publicación. No fue ninguna sorpresa que el artículo fue aceptado rápidamente (o mejor dicho, con tanta presteza como era posible en aquellos tiempos). Y al mismo tiempo, empezaron a llegar invitaciones para dar charlas en los seminarios de matemáticas más prestigiosos: París, Gottingen, Harvard, Princeton... Viajé muchísimo aquellos meses y allá donde iba los matemáticos más brillantes alababan mi trabajo. Y me hacían preguntas interesantísimas, «¿y ha pensado usted en esta variante de sus teoremas?». Yo tomaba nota y en cuanto tenía oportunidad, escribía a Pelayo. Le mandaba libros y artículos de investigación, y le proponía aquellos problemas que yo no sabía resolver.

Por su parte, en el recóndito Maello, Pelayo recibía mi correspondencia con gran entusiasmo. Mi constante bombardeo de preguntas difíciles e interesantes le mantenían distraído y cada día Mariana parecía estar más lejos. En los dos años siguientes, Adrián produjo los teoremas que yo considero de mayor interés, los cuales aparecieron publicados en mis primeros tres artículos en los Anales. Y cuanto más producía Pelayo, más normalidad regresaba a la casa de la Calle de Sin Nombre. Me escribía a menudo y me ponía al corriente de sus avances. En alguna ocasión, en mis cartas le preguntaba si había cambiado de opinión y si quería publicar su trabajo bajo su propio nombre. He de confesar que el temor a una respuesta afirmativa era tan apabullante que me hacía perder el sueño. Pero Pelayo nunca cambió de opinión, para mi gran alivio.

Pasaron los años y poco a poco me daba cuenta de que había vendido mi alma al Diablo y,

como en todas las transacciones con el Diablo, no había marcha atrás. Mientras que Pelayo recuperaba su felicidad yo, por el contrario, cada día me veía a mí mismo con más claridad como el gran impostor que era. Me despreciaba por llevar a cabo este engaño masivo. El precio de mi notoriedad era demasiado alto pero al mismo tiempo, mi ansia por la fama era como una bestia que necesitaba ser alimentada a menudo. Recibí varias menciones y premios por los trabajos en geometría y topología que satisficieron mi ego por una temporada pero necesitaba más, mucho más. Quería pasar a la historia. Quería ser el matemático más conocido de todos los tiempos. Era el momento de cambiar de tema para demostrar a la comunidad matemática que mis habilidades iban mucho más lejos de la geometría y que podía atacar problemas duros en cualquier área, como los grandes matemáticos de antaño. Fue entonces cuando propuse a Pelayo que trabajara en demostrar la conocida Hipótesis de Riemann, uno de los problemas fundamentales de la matemática que las mentes más brillantes han sido incapaces de resolver hasta la fecha. Nadie sabe como atacar este problema, su dificultad es abrumadora. Yo sabía que cualquier avance que Pelayo lograra, por pequeño que fuera, sería el trabajo que me proporcionaría los honores que yo tanto codiciaba. Por otra parte, deseaba conocer los límites de la capacidad de Pelayo y la mejor manera era hacerle confrontar el problema más difícil. En verdad, también deseaba en secreto que Pelayo fracasara, para herir su orgullo del mismo modo que él me había herido a mí.

Y ocurrió que Pelayo, siendo humano y mortal como los demás, fracasó en su intento de demostrar la hipótesis de Riemann. Y como tantos otros matemáticos antes que él, Pelayo se obsesionó de tal manera con esta conjetura que se olvidó de Mariana por completo. Pero la Hipótesis de Riemann fue mil veces peor que el recuerdo de Mariana. Pelayo pasaba día y noche, leyendo libros, artículos, intentando nuevos ataques que a la postre resultarían fallidos y pensando y pensando en la conjetura, en sus consecuencias y sus posibles causas. Trabajó incesantemente por casi diez años, desde mediados de la década de los setenta hasta su muerte. Me escribía cartas a menudo describiendo sus esfuerzos. Y yo sabía la tortura a la que Pelayo estaba sometido. Sabía que la conjetura le perseguiría en sueños y también despierto, allá donde fuera. Pero en vez de proponerle otros problemas quizá más asequibles, le animaba a que siguiera atacando la Hipótesis. Aunque Pelayo pensaba que su trabajo no había dado fruto, esto no era cierto. Los resultados parciales no satisfacían a Pelayo, que sólo consideraba la Hipótesis como su único objetivo final. Pero en su intento de demostrar la Hipótesis, Pelayo desarrolló lo que hoy se conoce como la teoría de funciones zeta de Blasco (en mi honor), de gran importancia en la teoría de números. Y fue esta teoría, en conjunción con mi impresionante trayectoria, por la que me otorgaron los galardones más prestigiosos que un matemático puede recibir. El asco que me daba a mí mismo me corroía por dentro. No sólo era un impostor, también estaba destruyendo a Pelayo. Pero al mismo tiempo, cada vez que mi trabajo era alabado en público... ¡era como una droga!

El día cinco de Octubre de 1985 recibí un telegrama de Pelayo. Estaba muriéndose y quería verme. Al día siguiente conduje hasta Maello. Nada había cambiado desde aquel otoño del 56 cuando le visité por primera vez. En verdad, esta parte de España no parece haber cambiado en siglos. Quizá alguna autopista nueva cruza la meseta, pero las encinas siguen allí, en su letargo, esparcidas por el mar seco y amarillento de trigo y cebada.

En la casa de la Calle de Sin Nombre, Adrián yacía en su cama en muy mal estado, mientras la señora Juana preparaba ya el velatorio en el salón de la casa con la ayuda de unas vecinas, todas vestidas de riguroso luto. Al verme, Pelayo sonrió, tosió varias veces y me indicó que me sentara a su lado. Alonso, que estaba haciendo compañía a su padre, salió de la habitación, mirándome con desprecio y sin cruzar palabra.

«Emiliano, me alegro de que hayas podido venir». Era la primera vez que me tuteaba. No hay necesidad de formalismos cuando uno esta a punto de morir, y mucho menos con aquel que ha propiciado la muerte. «No sabía si estabas en Madrid o viajando». Tosió de nuevo y me dijo que

tomara unos documentos de su mesilla. «Son para ti».

El primer documento era su testamento, redactado y mecanografiado por un notario. Pelayo tenía muy pocas posesiones, y lo poco que tenía se lo dejaba a su hijo Alonso. Al final del escrito especificaba su última voluntad y ésta era que su nombre permaneciera en el anonimato y prohibía explícitamente a Emiliano Blasco de la Peña que diera a conocer que era él, Adrián Pelayo, el que había demostrado tantos de mis teoremas. Con lágrimas en los ojos y un ardor infinito en mi estómago, le di las gracias por todo lo que había hecho por mí. «Soy yo el que te da las gracias por todo», dijo Pelayo, pues a pesar de todo, él consideraba que los problemas que yo le había proporcionado durante su vida le habían liberado de su prisión de tristeza.

El segundo documento se titulaba "La demostración de la Hipótesis de Riemann" y constaba de dos páginas, repletas de garabatos, letras y números sin ningún orden ni sentido. «Por fin lo he demostrado Emiliano, ¡por fin!, lo he escrito hoy mismo», me dijo Pelayo en su delirio enfermizo, antes de romper en otro ataque de tos. «Léalo, ¡léalo!».

Volví a hojear los garabatos, fingiendo que prestaba la máxima atención. «Es un trabajo fantástico, como siempre, mi buen Pelayo. Por fin lo ha demostrado. Ahora puede descansar», le dije. Adrián me miró satisfecho y cerró los ojos para siempre, con una sonrisa serena.

-----

Así termina el testamento de Don Emiliano Blasco de la Peña. De nuevo, nuestra intención al difundir este documento es cumplir con la voluntad de Don Emiliano y también creemos nuestro deber el ofrecer a la comunidad matemática todos los datos de los que disponemos. Ahora es el momento de reflexionar sobre las palabras de Don Emiliano, pues llegará el momento en que tengamos que tomar algunas decisiones difíciles sobre su legado. Quisiéramos concluir citando al propio Blasco de la Peña, con un enigmático párrafo que fue parte del discurso que él mismo pronunció en el congreso internacional de matemáticos de 1974, en Vancouver, tras recibir la medalla Fields:

«Las demostraciones, las conjeturas, los teoremas... no pertenecen a nadie, nadie los inventa sino que se descubren como si de un yacimiento arqueológico se tratara. Permanecen ocultos por siglos, milenios, hasta que alguien tiene la suerte de buscar en el lugar y el momento apropiado. Las teorías que se me atribuyen, no son mías, nunca lo han sido. Sería muy fácil insinuar que estos resultados son fruto de mi genialidad, pero simplemente no es así. Es cierto que yo he encontrado tales teoremas y los he puesto al conocimiento de todos ustedes, como es mi deber de matemático, pero no me puedo atribuir mérito intelectual alguno por su descubrimiento. No lo merezco».